

---

---

## ACTO II.

Un aposento.

### ESCENA PRIMERA.

WALLENSTEIN, OCTAVIO PICCOLOMINI, y poco después, MAXIMILIANO PICCOLOMINI.

WALLENSTEIN.—Desde Linz me dice que está enfermo; pero sé con certeza que se halla oculto en Frauenberg, en casa del Conde Gallas. Asegura á los dos, y mándamelos acá. Encárgate de los regimientos españoles; haz siempre preparativos, y jamás acaba; y si te instan á obrar contra mí, di que sí, y prosigue como antes. Me consta que te toca en suerte un servicio, que se reduce á estar ocioso. Salva las apariencias en cuanto puedas, porque tu especialidad no son las resoluciones supremas, y por esto te he elegido para desempeñar esta misión. Tus vacilaciones me aprovecharán sobremanera en este caso... Si mientras tanto se declara en mi favor la fortuna, ya sabes lo que has de hacer. (Entra Maximiliano Piccolomini.) Anda, pues, ahora, anciano; véte esta misma noche. Toma mi propio caballo... Éste (A su hijo.) se queda conmigo... Que tu ausencia sea corta. Nos veremos de nuevo, según pienso, alegres y felices.

OCTAVIO. (A su hijo.)—Tenemos que hablar. (Vase.)



## ESCENA II.

WALLENSTEIN, MAXIMILIANO PICCOMOLINI.

MAXIMILIANO. (Acercándose á él.)—Mi General...

WALLENSTEIN.—No lo soy ya tuyo, si te llamas oficial del Emperador.

MAXIMILIANO.—¿Persistes, pues, en abandonar el ejército?

WALLENSTEIN.—He dejado el servicio de S. M. imperial.

MAXIMILIANO.—¿Y quieres dejar también sus soldados?

WALLENSTEIN.—Espero, al contrario, que los vínculos, que á ellos me unen, sean más fuertes y apretados. (Siéntase.) Sí, Maximiliano. Nada he querido descubrirte hasta que ha sonado la hora de la acción. La juventud de corazón sano comprende lo justo fácilmente, y es una alegría aplicar el propio juicio, cuando el ejemplo que se ofrece es bueno. Sin embargo, cuando hay que elegir entre dos males ciertos, y el alma lucha con el deber, no gana demasiado; es una ventaja no verse en la obligación de elegir, y la necesidad es un favor... Está presente. No mires atrás. De nada te serviría. Dirige hacia adelante tu vista. No juzgues. ¡Prepárate á obrar!—La corte ha decretado mi ruina, y me obliga á anticiparme á sus resoluciones... Nos juntaremos con los suecos; son valientes y buenos amigos. (Detiénese esperando la contestación de Piccolomini.) Mis palabras te sorprenden. No me respondas. Quiero darte tiempo para que te tranquilices. (Levántase, y se dirige hacia el fondo; Maximiliano se queda inmóvil largo tiempo, sumido en profundo dolor; al moverse, vuelve Wallenstein, y se coloca frente á él.)

MAXIMILIANO.—¡Mi General!... Hoy me declaras mayor de edad. Hasta ahora me había excusado de buscar por mí mi camino, y seguir mi propio impulso. Te acompañaba sin condiciones. Bastábame mirarte, y estaba seguro de encontrar la senda recta. Por vez primera me devuelves hoy á mí mismo, y me fuerzas á elegir entre tú y mis sentimientos.

WALLENSTEIN.—El destino te ha tratado hasta ahora placidamente, y podías, como jugando, llenar tus deberes, satisfacer tus nobles inclinaciones, y obrar siempre con sinceridad. Acabóse esto ya. Rumbos opuestos se te ofrecen. Los deberes luchan con los deberes. En la guerra que ahora se enciende entre tu amigo y tu Emperador, es menester que te decidas.

MAXIMILIANO.—¡La guerra! ¿Así se llama? Terrible cosa es la guerra, plaga enviada por Dios, pero conveniente, atendiendo á la causa que la produce. ¿Lo será la que preparas contra el Emperador, con su propio ejército? ¡Santo cielo! ¡qué mudanza! ¿Debo hablarte yo de este modo, cuando tú, mi estrella fija del polo, has sido la norma, á que he ajustado mi vida? ¡Oh! ¡Cómo has desgarrado mis entrañas! ¿He de separar de tu nombre mi antiguo respeto, de hondas raíces, y el sacrosanto hábito de la obediencia? No; no escondas tu rostro. Semejante al de una divinidad fué siempre para mí, y no es fácil que pierda de repente su poder. Los sentidos siguen unidos á tí en estrecho lazo, y sólo mi alma, llena de dolor, se ha arrancado de ellos.

WALLENSTEIN.—Escúchame, Maximiliano.

MAXIMILIANO.—¡Oh! ¡No lo hagas! ¡No lo hagas! Las facciones de tu rostro, nobles y puras, nada saben aún de este proyecto malaventurado. Sólo mancharon tu imaginación, y la inocencia se resiste á abandonar tu frente inmaculada. Arroja, pues, lejos de tí esa negra mancha, ese enemigo. Ha sido sólo un mal sueño, estímulo de toda



segura virtud. La humanidad está expuesta á ese peligro, de cuyas asechanzas debe triunfar todo sano corazón. No; ¡tú no acabarás así! Esto equivaldría á desautorizar entre los hombres á las naturalezas superiores y á las facultades más poderosas, y á justificar el vulgar error que no se fia de los grandes caracteres cuando son libres, y si sólo de su debilidad.

WALLENSTEIN.—Espero que el mundo me juzgará desfavorablemente. Ya me he dicho cuanto me puedes decir tú. ¿Quién no evita apelar á estos recursos extremos, si puede hacerlo? Pero aquí no hay libertad de elección, y he de ser víctima de la violencia, ó emplearla á mi vez... El caso es este. No me queda otro recurso.

MAXIMILIANO.—¡Sea así, pues! Sostente en tu puesto á la fuerza; resiste al Emperador, y, si no hay otro medio, declárate en rebelión. No podré alabarle, aunque pudiera perdonarlo, y aunque no lo apruebe, me decidiré en tu favor... Mas... no seas traidor... ya lo he dicho. No seas traidor. Esto no es un extravío, no una falta producida por la pasión y el valor. ¡Oh! Es otra cosa muy distinta... ¡Negra, negra como el Averno!

WALLENSTEIN. (Con ceño, pero con moderación).—La juventud no mide el alcance de sus palabras, cuchilla afilada de peligroso manejo, y con su ardiente fantasía juzga de las cosas que existen por sí mismas. Lo vergonzoso ó lo digno, lo malo ó lo bueno toman en sus labios pronta forma... y cuanto, en su acaloramiento, atribuye arbitrariamente á estas voces oscuras, otro tanto aplica á las cosas y á los hombres. Estrecho es el mundo y vasta la inteligencia. Los pensamientos se coordinan en el cerebro con facilidad, pero los objetos se entrechocan unos con otros en el espacio. El lugar ocupado por uno, es ocupado por otro, y el que no quiera ser desalojado ha de desalojar á otros. La lucha siempre subsiste, y sólo la fuerza vence...

Si; quien vegeta sin ambición, puede renunciar á muchos propósitos, vivir ileso entre llamas, como la salamandra, y mantenerse inmaculado en un elemento puro. La naturaleza me ha hecho de un barro más grosero, y mis deseos me arrastran hacia la tierra, y ésta pertenece al ángel del mal, no al del bien. Lo que el cielo nos envía de arriba son sólo goces generales; su luz agrada, pero no enriquece, y en su imperio ninguna posesión se adquiere. Las piedras preciosas y el codiciado oro han de arrancarse á las falsas deidades, que dominan malévolas debajo de la corteza terrestre. No sin sacrificios se nos hacen favorables, y nadie, que las adore, se conserva en estado de pureza.

MAXIMILIANO.—(Con intención).—¡Oh! ¡Teme, teme esas falsas deidades! ¡No cumplen sus promesas! Son espíritus engañosos, que te arrastran y precipitan en el abismo! Yo te lo digo... ¡cumple tu deber! Si; puedes hacerlo. Envíame á Viena. Sigue mi consejo. Deja, deja á mi cuidado reconciliarte con el Emperador. El no te conoce; yo sí; te verá con mis ojos, siempre benévolos, y yo te devolveré su confianza.

WALLENSTEIN.—Es ya demasiado tarde. Tú ignoras lo que ha sucedido.

MAXIMILIANO.—Y si fuera demasiado tarde... si se ha llegado ya á tal extremo que sólo un crimen puede salvarte en tu caída... cae, cae dignamente, como has sido hasta ahora digno. Abandona el mando. Deja el teatro, en que vives. Puedes hacerlo con brillo; hazlo con inocencia... Para muchos has existido hasta aquí; concéntrate ya en tí mismo, y yo te acompañaré; que mi suerte sea igual á la tuya.

WALLENSTEIN.—¡Es ya demasiado tarde! Mientras tú hablas inútilmente, los mensajeros, que llevan mis órdenes á Praga y á Egra, devoran el espacio... Sé de los nuestros.



Hacemos lo que debemos. Ya que la necesidad nos obliga, seamos dignos y fuertes... ¿Es más censurable mi conducta que la de aquel César, cuya fama ha sido hasta hoy tan grande en el mundo? Contra Roma llevó á las legiones, que Roma le confió para defenderla. Si hubiera desistido de su proyecto, su ruina era segura, como lo será ahora la mía, si me quedo desarmado. En mí noto algo de su genio. Denme su fortuna, y yo me encargo de lo demás. (Maximiliano, en dolorosa lucha, se va con rapidez. Wallenstein lo mira atónito y conmovido, y se queda meditabundo.)

### ESCENA III.

WALLENSTEIN, TERZKY, y poco después ILLO.

TERZKY.—Maximiliano Piccolomini, ¿te ha dejado ahora?

WALLENSTEIN.—¿En dónde está Wrangel?

TERZKY.—Se fué ya.

WALLENSTEIN.—¿Tan pronto?

TERZKY.—Parece que se lo ha tragado la tierra. Apenas se separó de tí, lo busqué, porque tenía que decirle algo, pero se había marchado ya, y nadie me dió razón de su paradero. Creo que ha sido el mismo diablo en persona, porque ningún hombre puede desaparecer tan rápidamente.

ILLO. (Que llega.)—¿Es verdad que has despachado con una comisión al viejo?

TERZKY.—¿Cómo? ¿A Octavio? ¿En qué piensas?

WALLENSTEIN.—Va á Fauenberg, á ponerse al frente de los regimientos españoles é italianos.

TERZKY.—¿Quiera Dios que no lo hagas!

ILLO.—¿Vas á confiar tropas á ese general sospechoso? ¿A perderlo de vista ahora, en estos instantes supremos?

TERZKY.—¡No lo harás! ¡No, por todo el oro del mundo!

WALLENSTEIN.—Sois personajes singulares.

ILLO.—¡Oh! ¡Esta vez, por lo menos, accede á nuestros deseos! ¡Que no se vaya!

WALLENSTEIN.—¿Y por qué no he de fiarme de él en esta ocasión, cuando siempre lo he hecho? ¿Qué ha sucedido de nuevo, para que pierda la buena opinión, que tengo formada de su lealtad? ¿Por vuestro capricho, no por el mío, he de modificar mi juicio, confirmado antes por una larga experiencia? No vayáis á creer que soy yo alguna mujer. Por haberme fiado de él hasta hoy, quiero hacerlo ahora también.

TERZKY.—¿Pero por qué ha de ser éste precisamente? Envía á otro.

WALLENSTEIN.—Ha de ser el elegido por mí. Le he confiado esa comisión, porque sirve para desempeñarla.

ILLO.—Te sirve porque es italiano.

WALLENSTEIN.—Sé bien que no los amáis, porque yo los aprecio, los quiero y los prefiero, porque lo merecen, á vosotros y á los demás, y por esto son una espina en vuestros ojos. ¿Qué hay de común entre vuestra envidia y mi servicio? Vuestro odio no les perjudica en mi concepto. Amaos ó aborreceos, como os plazca, puesto que nada tengo que ver con los sentimientos ó las inclinaciones ajenas, aunque sepa perfectamente lo que cada uno de vosotros vale en mi opinión.

ILLO.—¡No irá, aunque haya yo de romper las ruedas de su carruaje!

WALLENSTEIN.—¡Modérate, Illo!

TERZKY.—En todo el tiempo que ha estado aquí Quesenberg, no se ha separado de él ni un instante.

WALLENSTEIN.—Hacíalo sabiéndolo yo y permitiéndolo.



TERZKY.—Y yo sé también que recibía con frecuencia mensajeros secretos de Gallas.

WALLENSTEIN.—No es verdad.

ILLO.—Tus ojos perspicaces son ciegos á veces.

WALLENSTEIN.—Mi fe no vacilará por eso, porque se funda en la ciencia más sublime. Si él me engaña, engaño es también la ciencia de la astrología; porque habéis de saber que el destino me ha dado una prenda, de que es el más fiel de mis amigos.

ILLO.—¿Y en qué te apoyas, para creer que esa prenda no te engaña?

WALLENSTEIN.—Hay momentos en la vida humana, en que el espíritu del mundo está más próximo que en otros, y es lícito consultar al destino libremente. Uno de estos instantes fué aquel, la noche anterior á la batalla de Lützen, en que yo, pensativo, miraba á la llanura bajo un árbol. Los fuegos del campamento brillaban poco á causa de la niebla; el ruido sordo de las armas, el alerta monótono de los centinelas interrumpían sólo el silencio. Toda mi vida, la pasada y la presente, se me representaba entonces en lo interior; y mi alma, llena de presentimientos, enlazaba con el destino del día siguiente el porvenir más remoto. Decíame yo entonces á mí mismo: Cuantos están bajo tu mando siguen tu estrella; y como á un solo número han puesto cuanto tienen sobre tu cabeza, y se han embarcado contigo en el bajel de tu fortuna. Pero vendrá el día, en que la suerte separará á los unos de los otros, y quedarán pocos que te sean fieles. Quisiera yo, pues, saber cuál, entre los que encierra este campamento, será el más leal conmigo. Significámelo, ¡oh Destino! Que sea aquel que, en la mañana próxima, me salga al encuentro, y me demuestre su amistad. Y pensando en esto me quedé dormido. Y creí, soñando, que asistía á la batalla. Peleábase con furor; una bala me mató mi caballo; caí, y pasa-

ban sobre mí con la mayor indiferencia caballos y jinetes, y yo yacía allí sofocado, moribundo y destrozado por los cascos. De improviso vino en mi ayuda una mano. Era la de Octavio... y entonces desperté, y era ya de día, y Octavio estaba realmente en mi presencia. «Hermano, me dijo, no montes hoy el caballo pio, como acostumbras. Prefiere éste, más seguro, que te traigo. Compláceme, que me lo ha ordenado un sueño.» Y la ligereza de este animal me salvó de los dragones de Banier, que me perseguían. Mi primo montó el caballo pio el mismo día, y no volví á ver jamás ni al caballero ni al caballo.

ILLO.—¡Pura casualidad!

WALLENSTEIN. (Pensativo.) —No hay casualidad; y lo que apellidamos mero azar, viene en derechura de las fuentes más profundas. Es, por tanto, indudable para mí, y sobre esto no admito dudas, que él es mi buen ángel. Ni una palabra más. (Vase.)

TERZKY.—Sólo me consuela que Maximiliano se queda entre nosotros en rehenes.

ILLO.—Y no saldrá vivo de aquí.

WALLENSTEIN. (Que se detiene y se vuelve.) —No imitéis á las mujeres, que repiten lo dicho ya continuamente, aunque se les hable en razón horas enteras... Sabed que los pensamientos y acciones de los hombres no se mueven ciegamente, como las olas de la mar. Su mundo interior, su pequeño mundo es hondo pozo de donde brotan aquellos sin cesar. Son fatales como el fruto del árbol, y la casualidad con sus intrigas no puede desnaturalizarlo. He investigado su germen, y conozeo también sus deseos y sus obras.

(Vase.)



## ESCENA IV.

Un aposento de la casa de Piccolomini.

OCTAVIO PICCOLOMINI, preparado para el viaje, y  
UN AYUDANTE.

OCTAVIO.—Están ahí los soldados que pedí?

EL AYUDANTE.—Esperan abajo.

OCTAVIO.—¿Son seguros, Ayudante? ¿A qué regimiento pertenecen?

EL AYUDANTE.—Al de Tiefenbach.

OCTAVIO.—Es un regimiento fiel. Que aguarden tranquilos en el patio de detrás, y que nadie se deje ver hasta que yo dé la señal; entonces se cerrará la casa, y se vigilará con mucho cuidado, y todo el que éntre quedará prisionero. (Vase el Ayudante.) Creo, en verdad, que no habrá necesidad de sus servicios, porque estoy convencido de que no me engañan mis cálculos. Pero se trata de asuntos del Emperador; el juego es peligroso, y vale más pecar de precavido que de negligente.

## ESCENA V.

OCTAVIO PICCOLOMINI, é ISOLANI que entra.

ISOLANI.—Aquí estoy... Pero ¿quién vendrá de los otros?

OCTAVIO. (Con misterio.)—Escuchad antes una palabra, Conde Isolani.

ISOLANI. (También con misterio.)—¿Todo va bien? ¿Quiere el Príncipe emprender algo? Tened en mí confianza. Haced la prueba.

OCTAVIO.—Podrá suceder que la haga.

ISOLANI.—Compañero, yo no soy de los que hablan mucho, y, cuando llega el momento de obrar, se esquivan vergonzosamente. El Duque ha sido un amigo para mí. Dios sabe que es así. Todo se lo debo, y puede contar con mi fidelidad.

OCTAVIO.—Se verá.

ISOLANI.—Tened en cuenta, sin embargo, que no todos piensan así. Muchos hay todavía partidarios de la corte, y opinan que sus firmas, estampadas con engaño no ha mucho, á nada los obliga.

OCTAVIO.—¿Es posible? ¿Podréis decir quiénes sean?

ISOLANI.—¡Diablo! Todos los alemanes lo dan á entender. Esterhazy, Kamintz y Deodati dicen también ahora que es preciso obedecer á la corte.

OCTAVIO.—Me alegro.

ISOLANI.—¿Os alegráis?

OCTAVIO.—De que el Emperador tenga aún buenos amigos y valientes servidores.

ISOLANI.—No os chancéis. No son hombres despreciables.

OCTAVIO.—No, seguramente. Libreme Dios de chancarme. Me regocija sobremanera que tenga la buena causa tanta fuerza.

ISOLANI.—¿Qué diantre! ¿Cómo así?... ¿No sois, pues, de los nuestros?... ¿A qué he venido yo aquí?

OCTAVIO. (Con gravedad.)—Para que declaréis rotunda y categóricamente, si os habéis de llamar amigo ó enemigo del Emperador.

ISOLANI. (Con orgullo.)—Lo declararé á quien tenga derecho para preguntármelo.



OCTAVIO.—Este papel os dirá si tengo ó no facultades para ello.

ISOLANI.—¿Co... cómo? Está escrito por el Emperador, y lleva su sello. (Lee.) «Todos los jefes de nuestro ejército, á nuestro amado y fiel capitán general Piccolomini, como á Nos mismo»... ¡Ah!... ¡sí!... ¡bien!... ¡sí, sí! ¡Yo... os felicito, mi capitán general!

OCTAVIO.—¿Obedecéis esta orden?

ISOLANI.—Yo... pero me sorprendéis de manera... Se me dará tiempo para pensarlo... lo espero.

OCTAVIO.—Dos minutos.

ISOLANI.—El caso es, ¡Dios mío!...

OCTAVIO.—Clara y sencillamente. Habéis de declarar si queréis hacer traición á vuestro señor, ó serle fiel.

ISOLANI.—Traición. ¡Santo Dios!... ¿quién habla de traición?

OCTAVIO.—El caso es este. El Príncipe es un traidor, y quiere pasarse con el ejército al enemigo. Declaraos breve y categóricamente. ¿Optáis por perjuraros contra el Emperador? ¿Por venderos al enemigo? ¿Qué decís?

ISOLANI.—¿Qué pensáis, pues? ¿Perjurarme yo, faltando á la Majestad Imperial? ¿Lo he dicho yo? ¿Cuándo lo he dicho?

OCTAVIO.—Nada habéis dicho todavía, nada todavía. Esperaba, por tanto, que lo dijerais.

ISOLANI.—Tened en cuenta, y esto me place, que habéis confesado vos mismo, que yo nada de eso he dicho.

OCTAVIO.—¿Declaráis, por consiguiente, que os separáis del Príncipe?

ISOLANI.—Si maquina traiciones... la traición disuelve todos los vínculos.

OCTAVIO.—¿Y estáis resuelto á combatir contra él?

ISOLANI.—Débole beneficios... sin embargo, si es un traidor, ¡que Dios lo castigue! la cuenta está pagada.

OCTAVIO.—Me place que sigáis la buena senda. Esta noche os ponéis en marcha sigilosamente con todas las tropas ligeras. Hay que aparentar que la orden dimana del mismo Duque. Frauenberg es el punto de reunión, y ya allí, recibiréis órdenes de Gallas.

ISOLANI.—Así se hará. Decid al Emperador cuáles han sido mis buenos propósitos.

OCTAVIO.—Los alabaré. (Al irse Isolani entra un criado.) ¿El coronel Butler? ¡Bien!

ISOLANI. (Que vuelve.)—Perdonadme, anciano compañero, mi natural rudeza. ¡Dios mío! ¿Cómo había yo de adivinar que me encontraba delante de tan gran personaje?

OCTAVIO.—Está bien.

ISOLANI.—Soy de genio alegre, á pesar de mis años, y, aunque se me haya escapado alguna palabra ligera sobre la corte, debida á la influencia de Baco, ha sido, como sabéis, sin mala intención. (Vase.)

OCTAVIO.—No tengáis cuidado... Por aquí vamos bien. Ojalá nos suceda lo mismo con el otro.

## ESCENA VI.

OCTAVIO PICCOLOMINI, BUTLER.

BUTLER.—A vuestras órdenes, general.

OCTAVIO.—Bienvenido seáis, como huésped y apreciable amigo.

BUTLER.—Honor demasiado grande para mí.

OCTAVIO. (Después de sentarse los dos.)—No habéis hecho caso de la indicación que os hice ayer, calificándola acaso de vana fórmula; pero aquel deseo era cordial, y os lo expresaba con toda seriedad, porque esta es ocasión, en que deben juntarse todos los buenos.



BUTLER.—Sólo los que opinan lo mismo deben reunirse.

OCTAVIO.—Y yo creo que todos los buenos piensan así. Para mí, en tanto tienen valor los actos humanos, en cuanto son efecto pacífico de su carácter, porque el ciego poder del error aparta al bueno á menudo del camino recto. ¿Habéis pasado por Frauenberg? ¿Nada os ha confiado el Conde Gallas? Decídmelo. Es amigo mío.

BUTLER.—Sólo me ha hablado algunas palabras perdidas.

OCTAVIO.—Lo oigo con pena, porque su consejo era sano. Yo os lo hubiera dado también.

BUTLER.—Excusaos esa molestia... y á mí el compromiso de mostrarme indigno de favor tan apreciable.

OCTAVIO.—La ocasión es crítica, y debemos hablar sin ambages. Ya sabéis cuál es aquí el estado de las cosas. El Duque maquina una traición, y hasta puedo decir que la ha realizado; la alianza con el enemigo se ha concluido pocas horas hace. Sus correos galopan ya hacia Egra y Praga, y mañana nos llevará á reunirnos al enemigo. Pero se engaña, porque la prudencia lo vigila, y el Emperador cuenta aquí con leales servidores, y su invisible poder es fuerte. Este manifiesto lo proscribire, absuelve al ejército de la obediencia que le debe, y exhorta á todos los fieles á acatar sus órdenes. Decidíos, pues, á defender con nosotros la buena causa, ó á participar de los males de la desleal.

BUTLER. (Levantándose.)—Su suerte es la mía.

OCTAVIO.—¿Es esta vuestra última resolución?

BUTLER.—Sí.

OCTAVIO.—Reflexionad, coronel Butler. Todavía tenéis tiempo para hacerlo. En mi pecho leal quedarán sepultadas vuestras palabras ligeras. Retroceded. Elegid mejor partido. El bueno no es el vuestro.

BUTLER.—¿Tenéis algo que mandarme, mi general?

OCTAVIO.—Recordad que tenéis los cabellos blancos. Retroceded.

BUTLER.—¡Adiós!

OCTAVIO.—¿Cómo? Desenvainaréis vuestra valiente espada para tomar parte en tal contienda? ¿Querréis trocar en maldiciones la gratitud que merecéis al Austria, después de cuarenta años de servicios?

BUTLER. (Sonriendo con amargura.)—¿Gratitud de la casa de Austria? (Hace ademán de irse.)

OCTAVIO. (Que lo deja ir hasta la puerta, y después lo llama.) ¡Butler!

BUTLER.—¿Qué deseáis?

OCTAVIO.—¿Qué sucedió con el negocio del condado?

BUTLER.—¿El condado? ¿Qué condado?

OCTAVIO.—Aludo al título de conde.

BUTLER. (Colérico.)—¡El infierno me confunda!

OCTAVIO. (Con frialdad.)—Lo pretendisteis. Os lo han negado.

BUTLER.—No me avergonzaréis impunemente. ¡Sacad la espada!

OCTAVIO.—¡Envainadla! Decidme con tranquilidad cómo ha sido esto. Después no rehusaré la satisfacción que me pedis.

BUTLER.—¿Todo el mundo ha de tener noticia de una debilidad, que jamás podré perdonarme?—Sí, mi General. Soy ambicioso, y nunca he podido sufrir que se me trate con desprecio. Dolíame que el nacimiento y los títulos valiesen más en el ejército que los servicios. No quería ser de peor condición que mis iguales, y en una hora infausta me dejé arrastrar á ese paso... ¡Era una locura! Pero no merecía que me tratasen tan despiadadamente. Bastaba que me lo hubieran rehusado... ¿Por qué, pues, á esa negación había de acompañar tan ofensivo desprecio, tratándose de un anciano, de un fiel servidor, humillándolo con fría crueldad, y mofándose tan groseramente de su baja alcurnia, sólo por haberla olvidado en una hora fa-



tal? La naturaleza, sin embargo, ha dado al insecto su aguijón para castigar al que se burla de él en su orgullo...

OCTAVIO.—Sin duda os han calumniado. ¿Podréis imaginar quién os ha prestado tan grato servicio?

BUTLER.—¡Sea quienquiera! Algún bajo personaje, algún cortesano, un español, quizás el hijo de alguna familia ilustre, á quien haya yo ofendido, algún envidioso, á quien atormentaba mi cargo, ganado sólo por mi propio mérito.

OCTAVIO.—Decidme: ¿el Duque aprobó vuestra pretensión?

BUTLER.—Él mismo me excitó á hacerla, y se interesó por mí con tanta nobleza como ardiente amistad.

OCTAVIO.—¿Qué decís? ¿Estáis seguro?

BUTLER.—Yo mismo leí la carta.

OCTAVIO. (Con intención.)—Yo también... pero era muy al revés de lo que afirmáis. (Butler se queda atónito.) Ha llegado á mis manos por casualidad, y podéis leerla.

(Entrégale la carta.)

BUTLER.—¡Ah! ¿Qué es esto?

OCTAVIO.—Mucho me temo, coronel Butler, que se han burlado ignominiosamente de vos. ¿El Duque, según decís, os excitó á que dieseis este paso? En esta carta habla con mofa de vuestra persona, y aconseja al Ministro que castigue vuestra presunción, como él la llama. (Después de leer la carta, tiemblan las rodillas de Butler; coge una silla, y se sienta.) Ningún enemigo os persigue. Nadie os quiere mal. Imputad sólo al Duque la afrenta que recibís. Claro es su objeto. Quería apartaros del servicio de nuestro Emperador... Esperaba conseguir de vuestro deseo de vengaros lo que no hubiese logrado nunca de vuestra lealtad, en el tranquilo uso de vuestra razón. Intentaba convertirlos en ciego instrumento suyo, en cómplice digno de desprecio, de

sus punibles proyectos. Lo ha conseguido, sin duda. Más allá de lo que creía os ha alejado de la buena senda, que habíais recorrido durante cuarenta años.

BUTLER. (Con voz temblorosa.)—¿S. M. el Emperador puede perdonarme?

OCTAVIO.—Hace más. Borra la ofensa inferida sin razón á un hombre respetable. Libremente os concede la gracia, que con tan censurable propósito pidió el Príncipe para vos. El regimiento que mandáis es vuestro. (Butler intenta levantarse, y no puede. Su emoción es tan grande, que quiere hablar y queda mudo. Por último, desenvaina su espada, y la presenta á Piccolomini.)

OCTAVIO.—¿Qué pretendéis? Sosegaos.

BUTLER.—¡Tomad!

OCTAVIO.—¿Para qué? Pensad lo que hacéis.

BUTLER.—¡Tomadla! No soy digno de llevarla.

OCTAVIO.—Recibidla de nuevo de mi mano, y manejadla siempre en defensa de la justicia.

BUTLER.—He sido desleal con tan elemento Emperador.

OCTAVIO.—Enmendaos. Separaos pronto del Duque.

BUTLER.—¿Separarme de él?

OCTAVIO.—¿Cómo? ¿Qué meditáis?

BUTLER. (Con tono amenazador.)—¿Sólo separarme de él? ¡Oh! ¡Ha de morir!

OCTAVIO.—Seguidme á Frauenberg, en donde se reunen todos los buenos, con Gallas y Altringer. Otros muchos han vuelto por mi causa á la senda del deber, y esta misma noche huyen de Pilsen.

BUTLER. (Que se pasea iracundo, y se acerca á Octavio con expresión resuelta.)—¿Conde Piccolomini! El hombre que ha sido traidor, ¿puede hablaros de honra?

OCTAVIO.—Puede hacerlo quien tan de corazón se arrepiente.

BUTLER.—Dejadme, pues, aquí, bajo mi palabra de honor.



OCTAVIO.—¿Qué pensáis hacer?

BUTLER.—Permitid que me quede en Pilsen con mi regimiento.

OCTAVIO.—Tengo en vos confianza. Decidme, sin embargo, cuáles son vuestros proyectos.

BUTLER.—Los hechos lo dirán. No me preguntéis más. Fiáos de mí. Podéis hacerlo, ¡por Dios Santo! No lo dejáis aquí en manos de su buen ángel. Adiós.

UN CRIADO. (Con un billete.)—Lo ha traído uno, á quien no conozco, que desapareció en seguida. Los caballos del Príncipe están abajo ya. (Vase.)

OCTAVIO. (Leyendo.)—«Partid sin tardanza.—Vuestro fiel ISOLANI.» Ojalá que esta ciudad estuviera ya lejos de mí. Tan cerca del puerto, ¿había de naufragar? ¡Vámonos, vámonos! Ya no hay aquí seguridad para mí. Pero ¿en dónde está mi hijo?

## ESCENA VII.

Los dos PICCOLOMINI.

MAXIMILIANO. (Que se acerca profundamente agitado; sus miradas son feroces, incierto su paso; parece como que no repara en su padre, que lo mira desde lejos con lástima. Recorre el aposento dando grandes pasos, hasta que se pára y se arroja en una silla, distraído y con la vista fija.)

OCTAVIO. (Acercándose á él.)—Yo parto, hijo mío. (No recibiendo respuesta alguna, le toma una mano.) Hijo mío, ¡adiós!

MAXIMILIANO.—¡Adiós!

OCTAVIO.—¿Me seguirás sin tardanza?

MAXIMILIANO. (Sin mirarlo.) ¿Yo á tí? Tu senda es torcida, la mía no. (Octavio suelta su mano y retrocede.) ¡Oh! si tú hubieras sido verdadero y probo, no hubiésemos llegado á

este punto, y las cosas irían de otra manera. Él no hubiese apelado á tan terrible extremo; los buenos lo hubieran contenido, y no cayera en las redes de los perversos. ¿Por qué, espíandolo en secreto y con doblez, te has deslizado junto á él como lo hubiera hecho un malhechor, ó un cómplice de malhechores? ¡Malaventurada falsedad, madre de todo mal! Tú no traes más que desdichas, no acarreas más que ruina. La franqueza, sin disfraces de ningún género, dominadora del mundo, nos hubiese salvado á todos. No puedo, no puedo disculparte, oh padre. El Duque me ha engañado horriblemente, y tú no me has tratado mejor.

OCTAVIO.—Yo perdono, hijo mío, tu dolor.

MAXIMILIANO. (Que se levanta y lo contempla con desconfianza.)—¿Será posible, oh padre? ¿Será, oh padre, posible, que deliberadamente hayas llegado á tal extremo? Su caída es tu pedestal. Esto no me agrada, oh padre.

OCTAVIO.—¡Dios del cielo!

MAXIMILIANO.—¡Ay de mí! El orden natural no existe ya para mí, sino sólo el caos. ¿Cómo no ha de deslizarse la sospecha en mi alma virgen? La confianza, la fe, la esperanza no existen ya para mí, porque me ha engañado lo que más estimaba. ¡No, no! ¡Todo no! Ella vive para mí todavía, y es sincera y pura como el cielo. En rededor mío veo tan sólo el engaño, la hipocresía, el asesinato, el veneno, la envidia y la traición. Sólo nuestro amor es puro; él sólo no ha sido profanado aún.

OCTAVIO.—Maximiliano, sígueme voluntariamente. Esto será lo mejor.

MAXIMILIANO.—¿Cómo? ¿Antes de despedirme de ella? ¿De darle el último adiós?... ¡Jamás!

OCTAVIO.—Evita los tormentos de esa separación, de todo punto necesaria. ¡Ven conmigo! ¡Vente, hijo mío! (Quiere llevárselo.)

MAXIMILIANO.—No, tan verdad como Dios existe.